

BOLETIN DOMINICAL

CONSGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

PANEGÍRICO

del glorioso mártir San Sebastian.

«Beati qui persecutionem
patiuntur propter justitiam.

MATTH. V.

Bienaventurados los que
padecen persecucion por la
justicia.

Los piadosos cofrades de San Sebastian me encargaron el panegirico de su glorioso Patrono y esforzado caudillo, y vengo á cumplir con alegría tan honroso y agradable ministerio porque se me ofrece la mejor coyuntura para mostrar á la presente generacion las llagas que consumen su vida y la única medicina que tiene-virtud para curarlas.

Paréceme que el racionalismo enemigo de la fé y el sensualismo enemigo de la virtud, señorean cada dia con mayor imperio las inteligencias y los corazones.

Apena ver como se aumenta el número de los que, no creen en la Religion, ó creyéndola, no la practican. La sociedad está agonizando, la familia se disuelve, las almas se pierden por falta de fé, ó porque esta fé no regula su vida, ni dirige sus costumbres. La incredulidad y la sensualidad, hé aquí las dos llagas que nos degradan, y nos pierden. Apremia, pues, la necesidad de oponer á las invasiones del racionalismo las sumisiones de una fé viva, y á los impuros goces del sensualismo las sublimes abnegaciones del valor cristiano.

Teremos á la vista un ilustre modelo de fé ardiente y de valor heróico. San Sebastian es el Evangelio en triunfo, la mas noble personificacion del catolicismo práctico, el mas bello tipo del soldado cristiano, la norma viva

de creer y de obrar, el valeroso caudillo que nos guía al combate en esta ruda batalla que se libra hoy entre los hijos de la luz, y los hijos de las tinieblas. Sufrió con valor invencible horrenda persecución por la justicia, y se coronó de laureles. Su vida debe ser el espejo de nuestra vida, y su martirio á la par que invencible argumento en favor de la Religión es ejemplo vivo y enseñanza elocuente de como debemos luchar en nuestro tiempo contra los enemigos de nuestra fé para ceñir la corona de la gloria. He propuesto.

—
 Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia. Dichosos los Mártires de nuestra santa Religión que sufrieron con valor heroico durísimos tormentos y muerte cruel por la integridad de su fé, por la salvación de sus almas y por la gloria de Jesucristo salvador de los hombres y Redentor de las naciones. Dichosos seríamos nosotros si tomásemos de la vida de los mártires cristianos algunas lecciones, algunos ejemplos, algunos rasgos para copiarlos en el lienzo de nuestra vida. Pero el mundo moderno no comprende el lenguaje de la abnegación y del sacrificio. El siglo actual, siglo decadente,

siglo sin fé, sin virtud, sin energía moral, siglo afeminado, voluptuoso, enervado por un sensualismo desolador, no puede comprender que hay inmoralidad en la muerte, que hay gloria en la ignominia. que hay grandeza en el dolor, que hay felicidad en la Cruz. No admitiendo otro guía que su razón, ni otra regla de sus costumbres que la utilidad, ni otra dicha que los goces materiales, no quiere oír el lenguaje severo del dogma, se rebela contra las mortificaciones, califica de locura el misterio de la Cruz, y mira como fábulas ó novelas las historias de los Mártires cristianos.

Pero esa misma actitud del siglo demuestra que está enfermo, que va por descaminos á la perdición, y que se halla necesitado de una doctrina eficaz, celestial y divina como el Evangelio que sane sus dolencias, le muestre el camino, y le infunda la vida sobrenatural, y divina de la gracia. Al efecto necesita contemplar con vista despejada el ideal de la fé práctica, y buscar estímulos eficaces y generosos impulsos en esos ejemplares ilustres, en esos varones eminentes, en esos mártires inclitos que como Sebastian combatieron con firmeza incontrastable hasta verter su sangre por la santa causa de la justicia

hollada, de la fé perseguida, de la gloria de Dios escarnecida en la infausta época de la décima persecucion, fecha memorable del glorioso martirio que conmemoramos.

En efecto; el paganismo conoce que sus dias están contados, que le invade la muerte, y que va á ser destronado por la Religion de Jesucristo, dueña ya de los palacios, del foro, de las academias, de las plazas y de los hogares. Toda la tierra, dice Lactancio, se inundó en sangre cristiana desde el Oriente hasta el Occidente. Diocleciano, este sanguinario emperador, esta bestia coronada publicó un decreto bárbaro y salvaje por el cual eran condenados á muerte los cristianos de todo el mundo que se negasen á rendir culto á los dioses falsos, y á cumplir las leyes nefandas del imperio. Envió á todas las provincias Cónsules, ó Gobernadores, fieras mas bien que hombres, con el encargo de ejecutar el sanguinario edicto imperial. En Roma se desplegó un lujo inaudito de crueldad y de ensañamiento. En la corte imperial habia un capitán distinguido por su linaje y señalado por su valor en los campos de batalla. Diocleciano apreciaba y distinguía entre todos sus oficiales á

Sebastian por su bizarría, por su noble apostura, por su valor extraordinario y por su inquebrantable fidelidad; pero Sebastian era cristiano, y esto dió motivo á las mas injustas pretensiones y á las mas atroces violencias, sugeridas por el odio y la ciega supersticion.

En aquella horrenda persecucion habia cristianos débiles, vacilantes, faltos de valor para soportar los tormentos, para ver confiscados sus bienes, destruidos sus hogares, arrastrados sus parientes á las cárceles, á los anfiteatros, y á las hogueras. Habia cristianos que desmayaban, que temblaban, que sucumbian ante el furor de los tiranos, ante la fiereza de los verdugos, ante una muerte cruel, precedida de los tormentos mas espantosos. Sebastian corre á las cárceles, penetra en los calabozos, se presenta en los anfiteatros, visita á los cristianos perseguidos, sostiene á los vacilantes, alienta á los pusilámines, fortalece á los débiles, enardece á los cobardes, arenga, inflama, entusiasma á los soldados de Cristo, que ya no vacilan, no temen, no se acobardan, sino que reanimados por la ardiente palabra de Sebastian, desafian intrépidos á los tiranos, arrostran impávidos los tormen-

tos y sufren alegres la muerte antes que ser traidores á su Rey que es Jesucristo, á su bandera que es la Cruz y á su pátria que es el cielo.

¡Ojalá que tan noble y generosa conducta tuviese entre nosotros muchos imitadores! Trabajar como Sebastian por la salvacion de nuestros hermanos, afanarse por el triunfo de la verdad en las inteligencias, por el reinado de la virtud en los corazones, y por la entronizacion de la paternal y dulcísima soberanía de Jesucristo en la sociedad doméstica y en todos los organismos de la sociedad civil, es tarea digna de los que se llaman de veras católicos y son verdaderos patriotas. Y correr al lado del enfermo para curarle, al lado del extraviado para encaminarle, al lado del ignorante para ilustrarle, al lado del pecador para convertirle, al lado de tantas almas que se pierden para salvarlas, es obra nobilísima, hermosa como la caridad que la inspira, grande como la Redencion que es su tipo, alta como el cielo que es su recompensa. ¿Cómo se conducen en este punto los cristianos de nuestro tiempo? ¿Quién imita los ejemplos de S. Sebastian, y realiza con sus hermanos esa obra de misericordiosa caridad? ¡Ah! lágrimas de sangre arrancan á

nuestros ojos esos hombres corrompidos y corruptores que siembran por do quiera el pecado, y la maldad, y solo se muestran activos y celosos en atacar á la religion cristiana.

Z. M.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

LA MUJERCITA (1).

(Conclusion).

Los niños venian de su majada á casa todos los sábados á *remudarse*, volviéndose á ella al amanecer; y del corto tiempo que permanecian en el lugar sacaba partido *la mujercita* para enseñar á sus hermanos lo que ella habia aprendido con la *señora*, esto es, con su buena maestra. Así los enseñó á leer, valiéndose de los libros de desecho de la escuela, que de buen grado le daba su maestra, y así los enseñó á escribir lo que sabia. El Catecismo del Padre Ripalda se les hizo aprender de memoria con paciencia y perseverancia, y gracias á ello los niños sabian rezar y sabian la doctrina, todo por supuesto á hurtadillas de su padre, que mantenía su inexorable voto de que los niños no pusieran el pié en la iglesia ni rezasen las oraciones de los cristianos.

La mayor afliccion de *la mujercita* consistia precisamente en los rigores de aquella prohibicion; y así, cuando veia á sus compañeras asistir á las solemnidades religiosas en compañía de su buena

(1) Véase el número del día 7.

maestra, que habia formado una asociacion de *Hijas de Santa Teresa*, muy lucida y muy celebrada por el anciano Párroco del lugar y aún por el Obispo de la Diócesis, la pobre niña se deshacia en lágrimas y cubria de besos un escapulario de la Inmaculada Concepcion, que habia pertenecido á su madre, y que se salvó milagrosamente del furor iconoclasta de Juan Mayoral, porque no cayó en sus uñas.

Ante aquel escapulario bendito, reliquia amada de su madre, rezaban los tres hermanitos sus oraciones á escondidas de su padre, todos los sábados, y aquellas escenas religiosas ignoradas de los hombres debian causar el regocijo de los ángeles. Una noche, dijo la *mujercita* á sus dos hermanos:

—Madre rezaba conmigo el Santo Rosario todos los dias, y yo le sé regir; pero no tenemos rosario.

—Por poco te apuras—contestó Pedro—el sábado que viene te traeré el rosario hecho, y le podremos rezar.

Con efecto, á la semana siguiente el pastorcillo, que tenia felices disposiciones para los oficios mecánicos, presentó un rosario hecho con huesos de aceitunas, primorosamente labrado. Los dieces eran cuentas de vidrio de una gargantilla de su hermana, y la cruz y la medalla de la Virgen que de él pendían eran de madera alisada con una navajita. Los niños estrenaron la rústica alhaja con la preciosa devocion á la Virgen.

Otro dia dijo Rosa:

—Madre y yo rezábamos el Santo Rosario ante este escapulario de la Virgen con luces encendidas: pero no tenemos velas.

Antonio se echó á reir.

—Si no es mas que eso—replicó—pronto se remediará.

Y añadió despues:

—Yo *me sé* un árbol del monte, donde las abejas han hecho su nido como si fuera una colmena. Castraré el enjambre para el sábado que viene, y con la cera tendremos velas.

Y dicho y hecho: el sábado siguiente se presentó Antonio, trayendo los ricos panales de la colmena natural; de los cuales se extrajo la miel y se fundió la cera, que fué hilada por Rosa en gruesas candelillas. Pedro, que era el artífice de aquella sociedad infantil, labró unos candeleros de madera con su navajilla, fabricó despues un altarcito, cuyas piezas se descomponian para poder ocultarlas de la vista de su padre, y así empezaron á practicar la piedad aquellas tres criaturas de Dios, que se hallaban en el mundo peor que huérfanas del todo.

Entre tanto, los negocios de Juan Mayoral iban de mal en peor; y ya no solo no sacaba de su trabajo para costear sus vicios, sino ni aun para levantar las cargas de la casa, sostenida solo por sus dos hijos. Nadie le queria dar trabajo; nadie le queria fiar. Su odio á las cosas religiosas, su lenguaje blasfemo, su crueldad para con sus hijos, le habian hecho repulsivo hasta para con sus compañeros de club con quienes armaba camorra que daba lugar á escandalos peligrosos. Viéndose solo y desamparado, sucedio lo que tenia que suceder; y fué, que asociado con otros criminales de pueblos forasteros, proyectaron dar un golpe de mano, acordando robar al Sr. Cura del lugarci-

llo, suponiendo tendría algunos ahorros.

Concebido el intento, concertaron los delincuentes los medios de ejecución, que habían de ser llamar una noche á deshora en casa del Sr. Cura, diciéndole que se levantara á viaticar á un enfermo, cogerte en la puerta, matarle, para que no descubriera á los autores del crimen, y robarle. Juan Mayoral sería el que le llamara, y sus cómplices harían lo demás.

La noche designada para ejecutar el bárbaro delito era un sábado, víspera de la Inmaculada Concepción de la Virgen, y por tanto, noche en que los dos pastorcillos acudían á la casa paterna. Durante el día, que había estado frío y borrascoso, Juan Mayoral no paró un momento en ella. Metido en la taberna, donde comió y cenó, á pesar de haber bebido con exceso, notábase en él cierta inquietud, cierto malestar, que no podía reparar el vino. Hosco y desabrido armó dos ó tres camorras con otros borrachos, dejándose insultar, sin darse cuenta de su cobardía.

El hierro candente de la divina justicia parecía haber marcado ya su presa, y el mal hombre empezaba á sufrir anticipadamente el torcedor agudo de los remordimientos.

A las diez de la noche salió de la taberna tambaleándose, no como un ébrio, por que no lo estaba, sino como un sonámbulo que no sabe lo que se hace. La cita con sus cómplices era á las once, y había de verificarse en una esplanada á la salida del pueblo, donde se alza una cruz de piedra de grandes dimensiones. El criminal tenía tiempo sobrado para llegar al lugar de la cita, y sin po-

der dominar una gravitación psicológica irresistible, se dirigió hácia su casa, como si hubiera de verla por última vez.

El reloj del pueblo daba las diez en aquel momento, con tético y pausado sonido; del firmamento, cerrado por nubes espesas, caía llovizna pegajosa y helada; ni un alma transitaba por las calles del lugar. Juan Mayoral llegó á la plazuela donde estaba situada su casa, y á lo lejos distinguió la ventana del camaranchon ó doble, inundada de resplandores vívidos. Aquellos torrentes de luz que salían de la ventana le produjeron grande estrañeza, distrayéndole del horrible pensamiento que parecía golpear su frente. El mal hombre entró en curiosidad de saber lo que pasaba en su casa, y se dirigió á ella.

La ventana del camaranchon estaba situada encima de una reja de hierro, sobre la cual colocándose un hombre, podía descubrir lo que pasaba dentro. Juan Mayoral se quitó los zapatos, trepó por la reja, se puso en ella de pié, y agarrándose al alféizar de la ventana, con sus manos enclavijadas, asomó en aquel momento la cabeza por ella.

El espectáculo que se ofreció á sus ojos le cuajó la sangre en las venas. De rodillas, ante un tosco altarito donde se destacaba el escapulario de la Virgen, alumbrado por una docena de cirios pequeños, estaban sus tres hijos: Rosa delante, Pedro y Antonio detrás, rezando fervorosamente el Santo Rosario. La *mujercita* le pasaba y sus dos hermanos contestaban á coro. Juan Mayoral no podía alentar de emoción, y aferrándose mas y mas á la piedra, contemplaba la

escena con la avidéz del hidrópico que contempla el agua que ha de calmar su sed.

Los niños concluyeron el *Rosario*, la letanía y las devociones, pidiendo á Dios por el descanso de su madre, y por que concediera larga vida á su padre... Juan Mayoral quiso llorar, y por poco si se ahoga.

Era ya el tiempo de las pastorelas y villancicos de Navidad, y los niños, al concluir su devoción, entonaron en voz baja aquellas tan conocidas coplas que comienzan:

Pastores de estos valles,
zagales, prados, riscos,
al que mis ánsias buscan
¿habeis acaso visto?

Juan Mayoral no oyó mas: quiso llorar y no pudo: un frio glacial invadió su sér; un temblor nervioso agitó su cuerpo, y faltándole las fuerzas para sostenerse, cayó de lo alto, desplomándose como una piedra, gritando con voz formidable:

—¡Hijos de mi alma...!

Así se salvó.

Y así lo cuenta

V.

La blasfemia.

Esforzábamnos otro día la voz y clamábamnos azorados en presencia de la habitual y horrible costumbre de blasfemar. «¡Un pueblo blasfemo no puede ser un pueblo creyente!» No: un pueblo que maldice á Dios, que nos crió y conserva; un pueblo que blasfema de Jesucristo, que nos redimió con el precio de su sacratísima sangre y nos alimenta con su cuerpo en la sagrada Eucaristía; un pueblo que blasfema de la Inmaculada Virgen, que es nuestra amantísima Madre y el

áncora firmísima de nuestra esperanza, debe de haber abdicado las creencias cristianas y caído en la incredulidad. Y ahora añadimos que ese pueblo se precipita, quiera ó no quiera, por el camino del salvajismo. En efecto; ese pueblo debe haber perdido la idea del bien, que esencialmente se resume en Dios, y todo sentimiento noble y levantado, pues fuera de Dios todo es miseria y nada; ni puede inspirarse sino en pensamientos degradantes. ¡Oh blasfemos! Sabedlo, no sois cristianos. Esto ya lo conoceis; pero no sois siquiera personas civilizadas: y el día en que la civilización cristiana habrá triunfado en toda la línea, y se habrá purgado de los resabios de paganismo que no ha podido todavía arrojar de sí, sereis considerados como extraños é indignos de alternar con las personas honradas; sereis separados del trato comun y lanzados fuera de la sociedad honesta.

Amados cristianos de vida y obras buenas, porque todavía no faltan entre nosotros cristianos verdaderos: la religion que con amor profesais, nuestra honra, la honra del país en que vivimos, piden que tomemos una resolucion digna y que sea exterminada la blasfemia. Unámonos en este pensamiento y levantemos una gran cruzada contra aquella detestable costumbre. Combatámosla todos y en todos los lugares y en todo momento: los sacerdotes en el púlpito, en el confesonario y en todas partes; los seglares en la reunion, en el taller, en casa, en la calle; los jefes de fábrica y oficinas no admitan en los trabajos á los blasfemos, y despidan sin compasion á los que avisados no se contentan. Combatan al execrable vicio los

maestros y maestras y exciten contra él la animadversión de los niños y niñas de las escuelas. Quizás éste sería uno de los medios más eficaces para acabar con ella. Los niños y niñas comprenden fácilmente cuán malo y detestable es ultrajar á Dios y las cosas sagradas, y el horror que ellos habrán concebido lo inspirarán á los demás. Las cosas de los niños nos son grandemente simpáticas; su inocencia, su sencilla inocencia, encanta y cautiva. ¡Oh! si cuando en la calle se oye una blasfemia, se oyese el grito unánime de niños y niñas alabando á Dios y á sus santos; vindicando el honor divino allí mismo donde ha sido ultrajado ¡no debería este contraste producir un grande efecto en los blasfemos, que se sentirían avergonzados, y en las personas presentes, que se verían necesitadas á deponer el respeto humano, que les sella los labios, y á secundar á los niños que les han precedido en la reparación del escándalo y corrección de los blasfemos, y á unir su voz á la de aquellos inocentes!

¿Por qué no ha de hacerse esto? ¿Por qué, perseverando en la comun é inconcebible indiferencia nuestra proverbial, hemos de hacernos cómplices de los pecados ajenos, tolerando que sin protesta se ultraje á Dios en nuestra presencia; y lo que sería aun peor, autorizando la blasfemia y al blasfemo con una sonrisa ú otra señal de tácita respiración?

¿Y por qué la autoridad no ha de ejercer la de que para el bien común está revestida, castigando al blasfemo culpable ante Dios, la sociedad y la ley? ¿Por qué la España se dice católica, si

la ley española en manos de autoridades católicas ha de ser un arma enmohecida y no ha de tener en respeto y perseguir los delitos contra la religión? Y en fin, ¿por qué se persigue al asesino, al ladrón, al que se hace reo de calumnia, ó de injuria contra un hombre, y no se persigue al que injuria, insulta y se encarniza, permitase la palabra, contra Dios? ¿Es que Dios vale menos que el hombre? ¿Es que ya no se cre en Dios? ¿Es que revive y está nuevamente en uso el axioma pagano, ateo en el fondo, «que son de cuenta de los dioses las injurias de la Divinidad?» No sabríamos que contestar á estas preguntas; por toda contestación, en vista de una tolerancia que no se explica y no comprendemos, diremos únicamente que ya castigará Dios las ofensas que le hacen los hombres, las ofensas de que no hacen caso, no impiden y no vengán, según es su deber. No digan, no, los blasfemos: «hemos hecho cuanto se nos ha antojado, no hemos puesto freno á la lengua, hemos arrastrado por el fango de las calles el santo nombre de Dios y á todo lo santo del cielo y de la tierra, y ningún mal nos ha venido.» ¡Insensatos! Ya vendrá: para los individuos en esta ó en la otra vida, quizás en ambas; para las colectividades, las naciones, los pueblos que no tienen vida futura, en esta indefectiblemente. Dios es justo, y la justicia de Dios, decíamos en ocasión no muy lejana, aunque á veces tardía, es siempre segura. Aguardad y vereis.

El Arzobispo de Tarragona.